

fuere el conducto por donde llegue á sus manos, acusarán sin tardanza el correspondiente recibo á nuestras Secretarías de San Luis Potosí y de Monterrey respectivamente.

Recibid, Venerables Hermanos é Hijos nuestros de una y otra diócesi, nuestra Bendición pastoral.

Dada en nuestro palacio episcopal de San Luis Potosí, el día 13 de Enero del año del Señor de 1886.

✠ IGNACIO,

OBISPO DE SAN LUIS POTOSÍ,

ADMINISTRADOR APOSTOLICO DE LINARES.



CARTA PASTORAL

PRIMERA

PUBLICANDO Y COMENTANDO LA ENCÍCLICA *Sapientia Christiana*.



NÓS, EL DOCTOR Y MAESTRO D. IGNACIO MONTES DE OCA Y OBREGÓN,
POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA
OBISPO DE S. LUIS POTOSÍ, PRELADO DOMÉSTICO
DE SU SANTIDAD Y ASISTENTE AL
SOLIO PONTIFICIO.
A NUESTRO VENERABLE CABILDO, AL CLERO Y AL PUEBLO DE NUESTRA DIOCESI

SALUD Y BENDICION.

Venerables Hermanos é Hijos Nuestros:

NUESTRO vigilante Pontífice León XIII acaba de publicar una Encíclica, importante quizá más que ninguna de las muchas que han hecho célebre su fecundo reinado. Aunque dirigida tan sólo á los Patriarcas, Primados, Arzobispos, Obispos y demás Prelados Ordinarios en paz y comunión con la Sede Apostólica, nos recomienda con mayor insistencia que nunca, que demos á conocer sus augustas palabras á las greyes á nuestro cuidado cometidas, y es deber de vuestro Pastor daros el ejemplo de una pronta obediencia.

cia. Como el documento es largo, y cada una de sus frases está saturada de profunda doctrina, y ha menester de asidua meditación, hemos creído que propinándoslo todo de una vez, nos expondríamos á que no surtiera todo el efecto deseado. Vamos, por tanto, á dividirlo en cuatro porciones, que se podrán leer en el púlpito los domingos de Cuaresma, y que servirán á los fieles de pasto más saludable aún que los sermones de sus párrocos, sobre todo si se añaden sólidos comentarios, acomodados á las necesidades del auditorio. Nós mismo lo hemos practicado así alguna vez con otras Encíclicas, y no hemos tenido motivo de arrepentirnos de ello. He aquí la primera parte, que se leerá *inter missarum solemnias* el primer Domingo de Cuaresma, ó el segundo en las parroquias adonde no llegare oportunamente:

“LEON PAPA XIII.

VENERABLES HERMANOS, SALUD Y BENDICION APOSTOLICA.

I

“La necesidad de restablecer los preceptos de la cristiana sabiduría, y de conformar á ellos por completo la vida, las costumbres y las instituciones de los pueblos, se hace cada día más manifiesta. Del menosprecio de tales preceptos ha resultado tal multitud de males, que ningún hombre prudente puede mirar sin ansiedad los tiempos presentes, ni lanzar una ojeada sin terror hacia lo porvenir.

“Se han hecho, es cierto, adelantos de no poca impor-

tancia, en cuanto se refiere á los bienes materiales y á los goces del cuerpo; pero toda la naturaleza sensible, y la posesión de todas las riquezas, bienes y poder que nos ofrece, si bien es cierto que dan comodidades y aumentan los encantos de la vida, no pueden llenar el alma, creada para fines más altos y más gloriosos. Mirar hacia Dios y aspirar á Él; he aquí la ley suprema de la vida del hombre. Creado á la imagen y semejanza divina, la naturaleza misma lo incita con vehemencia á la posesión de su Creador. Ahora bien; no con movimientos ó esfuerzos corporales puede el hombre acercarse á Dios, sino con actos propios del alma, es á saber con el entendimiento y el afecto. Dios es la verdad primera y suprema; y sólo la mente se nutre con la verdad. Él es la Santidad perfecta y el Sumo Bien; y la voluntad sola, guiada por la virtud, puede encaminarse hacia Él y alcanzarlo.

“Lo que es verdad tratándose de los hombres individualmente, debe aplicarse de igual manera á la sociedad doméstica y á la sociedad civil. La naturaleza ha establecido la sociedad, no para que el hombre la mire como su último fin, sino para que en ella, y por medio de ella encuentre auxilios que le sirvan para llegar á la perfección. Así, pues, si algún Estado corre tan sólo tras de las ventajas exteriores, los placeres de la vida, el lujo y las riquezas; si afecta hacer á un lado á Dios en su gobierno y no tener en cuenta las leyes morales, se aparta tristemente de su objeto y de cuanto la naturaleza le ha prescrito, y lejos de ser una sociedad ó nación bien constituida, debe más bien reputarse un pobre remedo, un falaz simulacro de sociedad.

“Por desgracia, esos bienes espirituales de que hemos hablado, y que sólo se hallan en la práctica de la verdadera religión, y en la constante observancia de los preceptos cristianos, vemos que cada día se ofuscan, ya sea por el olvido, ya sea por el desdén de los hombres, á tal grado, que cuanto mayores son los progresos materiales, tanto mayor parece ser la ruina de cuanto atañe al alma. Prueba evidente de que la fe cristiana se ha disminuido y debilitado hasta el extremo, son esas repetidas injurias que á la luz del día y á la vista de los hombres, se infieren día por día á cuanto lleva el nombre católico: injurias que otro siglo amante de la religión no habría en modo alguno tolerado.

“Por estas causas, es increíble la inmensa multitud de individuos que se halla en peligro de eterna reprobación. Tampoco los Estados y las Naciones pueden por mucho tiempo permanecer incólumes, porque al caer las instituciones y la moral cristiana, es inevitable que los principales fundamentos de la sociedad se desmoronen. La fuerza bruta queda como única garantía del orden y de la paz pública; y la fuerza es un arma sobrado débil, cuando se le quita el apoyo de la religión. Más propia, en este caso, para producir el servilismo que la obediencia, encierra en sí la semilla de tremendas revoluciones. El presente siglo ha traído ya graves y memorables catástrofes: ¿quién puede asegurar que no hay que temer otras semejantes?

“Las circunstancias mismas nos excitan, por tanto, á buscar el remedio donde se encuentra; es á saber, en la restauración de los principios y prácticas del cristianismo, ya sea en la vida privada, ya sea en todas las par-

tes de la organización social. Este es el único medio de librarnos de los males que nos oprimen, de prevenir los peligros que nos amenazan. Tal ha de ser, Venerables Hermanos, el objeto de nuestros afanes; á esta tarea es preciso que nos dediquemos, con el mayor ahinco posible, y con la más grande actividad. Á este fin, aunque ya en otras circunstancias, siempre que se ha presentado la ocasión, hemos tratado de igual asunto, juzgamos conveniente describir minuciosamente en estas Letras los deberes de los católicos; deberes que, si eficazmente se cumplen, contribuirán de una manera admirable á la salvación de la sociedad. Casi diariamente nos vemos comprometidos en graves y vehementes cuestiones, sobre intereses de la mayor importancia. En medio de esta lucha continua, es difícilísimo que muchos dejen de engañarse, que muchos no yerren, que muchos no se dejen llevar del torrente. Es deber nuestro, Venerables Hermanos, amonestar, enseñar, exhortar á cada uno, como lo exigen las circunstancias, para que ninguno abandone el camino de la verdad.”

Interrumpimos aquí, por breves instantes, la Encíclica, para llamaros la atención sobre algunas frases de nuestro Santísimo Padre. Su ánimo augusto se halla altísimamente preocupado por la agitación constante en que se encuentra la Europa y el mundo entero. Por poco que os interesen las noticias de lejanas regiones, no es posible que ignoréis la terrible lucha que en el Imperio Ruso y ¿quién lo creyera? en la libre República de los Estados Unidos de Norte-América están librando los socialistas contra toda autoridad y todo poder. No basta

á los franceses la libertad, ya rayando en licencia, de que gozan bajo el sistema republicano, y quieren muchos todavía más libertad, y les pesa el yugo más suave. Ni las poderosas monarquías de Alemania y la gran Bretaña se escapan de estas convulsiones, y en una y en otra se están continuamente levantando los obreros contra sus amos. De propósito mencionamos tan sólo estos países, cuyos gobiernos son los más fuertes que imaginarse pueda, y disponen de medios de coerción, al parecer irresistibles. ¡Y sin embargo, nada pueden! Sus autoridades y sus instituciones están en continuo peligro, y mientras más recurren á la fuerza bruta, más parece que se debilitan.

He aquí por qué el Padre común de los fieles amonesta á todos á buscar el remedio en donde únicamente puede encontrarse: en la vuelta de cada individuo, de cada familia, de cada pueblo, á los principios y prácticas cristianas, que en tiempos mejores imperaban. Dado este paso volverá la obediencia, y tras ella la paz, la verdadera paz, que este mundo, con todos sus goces y adelantos materiales, es incapaz de proporcionar.

Por lo que á vosotros toca, amados diocesanos, ¿no os quejáis continuamente de la insubordinación de vuestros hijos, de la desobediencia de vuestros inferiores, de los continuos ataques á vuestra propiedad, inferidos unas veces por la violencia, otras por un socialismo solapado? El Sumo Pontífice os indica dónde está el mal. Habéis abandonado los principios y prácticas cristianas, dejándoos llevar por el torrente que sobre vosotros hace tiempo se ha desbordado. Á fuerza de oír injurias contra el Catolicismo, muchos, aun de los escogidos, se han deja-

do inducir en error. La generación presente, que desde que abrió los ojos ha visto la Iglesia vilipendiada y oprimida, ya no la venera como Madre y Maestra, á ejemplo de nuestros mayores; y en cuanto á la que ha de venir, el Estado hace esfuerzos, como bien sabéis, para usurpar sobre ella los derechos de la paternidad, con el fin no disimulado de torcerla desde temprano y apartarla del recto sendero.

Siendo tan triste el estado de nuestra sociedad, ¿qué mucho que, á pesar de la aparente paz y el evidente progreso material, os aquejen los males de que os lamentáis, y hierva bajo vuestras plantas el volcán que presto ó tarde ha de estallar sobre vuestras cabezas? Fácil es el camino que os señala el Vicario de Jesucristo. Os lo dice el catecismo que aprendéis cuando niños: se os repite en el púlpito constantemente: los que practican los ejercicios de San Ignacio lo aprenden desde el primer día: vuestro último fin no es el mundo, no es la sociedad, no son los goces materiales; sólo es y puede ser Dios, sólo Dios puede satisfaceros, y estará inquieto vuestro corazón mientras en Dios no descanse. Volviendo cada individuo á las prácticas cristianas, claro es que la sociedad también las abrazará; y entonces veremos al católico llenando mejor y sin dificultad el doble deber que le incumbe como hijo de la Iglesia, como hijo de la patria. De estos deberes sigue hablando León XIII; escuchadlo.